Estas palabras de agradecimiento ponen el acento en el carácter humano de la morada, como lugar al que retornar. En tiempos en que el debilitamiento de las instituciones nos enfrentan al riesgo de la disolución social, de la ausencia de resguardo, desde aquí se nos invita a reflexionar acerca de la responsabilidad que le toca asumir a la Universidad ante este panorama: la de sostenerse en tanto morada, y apoyar como tal la reconstrucción de la sociedad en su conjunto.

UNIVERSIDAD Y HUMANISMO EN TIEMPOS DE DISOLUCIÓN SOCIAL [1]

Señor Rector de la Universidad del Azuay, doctor Mario Jaramillo. Señor Vicerrector, ingeniero Francisco Salgado; Señores decanos generales y decanos de la Facultad; profesores de esta casa, señoras y señores.

A partir de este acto, merced al honor que ustedes me hacen, paso a ser profesor asociado de la Universidad, es decir, paso a ser parte de la Universidad; pertenezco a ella, me integro a un espacio de reflexión y de educación, soy cobijado para siempre, a escala de mi existencia, por estos muros.

Para alguien como yo, que ha peregrinado largos años por las variadas ciudades de los hombres, como decía Homero, una distinción tan grande constituye no sólo un lazo cuyos queridos nudos no se desatarán, sino también, y fundamentalmente, una morada. Quiero reafirmar con ustedes el carácter profundamente humano, casi sagrado, de la morada; desde los primeros balbuceos de nuestros ancestros sobre la Tierra, fue el espacio de la construcción de intimidad, de la palabra, de la caricia, de la vida en común. Sin ella, sin ese sitio adonde retornar después de la aventura del día, no habría habido humanidad.

Lugar de los hábitos que nos sostienen en la existencia; lugar de encuentro, del sentido de la propia mirada en el concierto incesante de las otras miradas; lugar de la urdimbre de la historia común, nacida de las experiencias, sentires y sueños compartidos; lugar del interaprendizaje, que poco aliento y vida tiene un aprendizaje en soledad y aislamiento.

No en vano la Universidad es llamada también *casa de altos estudios*. Como viajero incesante, me han sido abiertas las puertas de una casa en esta querida ciudad de Cuenca; ya no seré sólo un visitante, sino, de manera radical, un *habitante*. Dejo de ser el extranjero que llega y se va, para convertirme, con todo orgullo, en ciudadano de esta polis académica.

He titulado estas palabras de agradecimiento “Universidad y humanismo en tiempos de disolución social”. Comenzaré por la segunda parte: *tiempos de disolución social*.

En mi país, la Argentina, vivimos durante la década del 90 un violento proceso de debilitamiento de las instituciones sociales, bajo la consigna lanzada por el entonces presidente: “cirugía mayor sin anestesia”. Me refiero a las instituciones del trabajo, de la justicia, de los sindicatos, de la salud, de la educación… Nada quedó sin tocar. La brusca retirada del Estado de la vida social trajo aparejado un desenfrenado proceso de desinstitucionalización que afectó a buena parte de la población. Y cuando una sociedad comienza a desinstitucionalizarse, se abre de par en par el camino a la disolución social.

Se desinstitucionaliza por eliminación o por debilitamiento. Supongamos una fábrica: se la cierra, no hay dónde ir a trabajar. O se la mantiene, pero luego de innumerables despidos, con una espada apuntando a la nuca de cada empleado, porque se sabe que afuera hay cientos de desocupados aguardando. Supongamos los ferrocarriles, supongamos YPF…

Eliminación o debilitamiento, nada más terrible que haber tenido instituciones fuertes, vivas, y haber sufrido el vértigo de su deterioro. Del Estado benefactor al estado ausente, de un sistema educativo vigoroso a un empobrecimiento de los educadores y de los educandos.

Nada peor que seres humanos literalmente desinstitucionalizados, por retirada de las instituciones que los sostuvieron, por ausencia de ellas. Desinstitucionalizados son quienes no tienen apoyo, ni adónde ir; quienes se han quedado sin casa, sin abrigo, sin pertenecer a otra cosa que a su desamparo.

Necesitamos instituciones fuertes, como espacios válidos para sostener nuestra dignidad de ciudadanos y de seres humanos; como lugares dignos a los cuales ir a encontrarnos, a interactuar, a construirnos y construir juntos, a desarrollarnos como sujetos individuales y sociales. Las tendencias desinstitucionalizadoras apuntan a destruir lo más humano de nuestra especie: la socialidad. A mayor abandono, a mayor precariedad laboral, a mayor violencia pública, mayor estrechamiento de las posibilidades de socialización.

La “cirugía mayor sin anestesia” dejó heridas por todas partes, constituyó una agresión sin márgenes a las moradas públicas de mi país. Llevará tiempo, largo tiempo humano, medido en vidas, reconstruir tanto derrumbe, revertir las oleadas de disolución social que nos han asolado la patria.

Pocas instituciones quedaron en pie. Una de ellas: la universidad. Cuando se pregunta a la población por la escala de organizaciones en las cuales todavía se puede confiar para salir de tanto quiebre moral y económico, indefectiblemente aparece la universidad en los primeros lugares.

Eso no significa sólo un reconocimiento, sino una profunda responsabilidad que se expresa en dos direcciones: el sostenimiento de la propia morada y el apoyo a la reconstrucción de la sociedad en su conjunto. Si no se está bien parado como institución, es difícil hacer algo por la comunidad de un país o de una ciudad.

Viene a cuenta un concepto que ha llamado a las puertas de nuestras instituciones en los últimos años: el de *calidad*.

Y aquí entra la primera parte del título de estas palabras: *universidad y humanismo*. Para nosotros el primer sentido de la calidad, su básico sentido, corresponde a la calidad de los seres humanos.

La calidad del educador como sujeto individual, construido en su capacidad de comunicar, de interactuar, de mediar con toda la cultura, de investigar, de producir intelectualmente.

La calidad del educador como sujeto social: grupos, equipos, redes de educadores, investigadores, productores intelectuales bien construidos.

La calidad del estudiante como sujeto individual: su capacidad de expresión, su seguridad y autoestima; su comprensión de las interdeterminaciones de los fenómenos sociales, su tolerancia, su capacidad de convivencia con la diversidad y las diferencias...

La calidad del estudiante como sujeto social: capacidad de interaprendizaje, existencia de grupos de referencia, presencia, acción y visibilidad de los mismos en la sociedad, apertura hacia el contexto, espacios de encuentro...

La calidad es cuestión de sujetos. Sólo desde ella podemos hablar de la calidad de los productos, de los ingresos y egresos, de los materiales utilizados, de las tecnologías y de su uso, de determinado plan de estudios, de determinada asignatura...

Primero la calidad humana de todos los seres humanos que comparten una casa de altos estudios, después todo lo demás.

Hoy como nunca, en estas atribuladas tierras nuestras, necesitamos retomar las viejas y queridas banderas del humanismo, entendido como la preocupación por el otro, como el escándalo ante el dolor y la humillación del otro, como la responsabilidad por el cuidado y la preservación de la morada del ser humano en nuestras ciudades, de las instituciones que sostienen la vida en sociedad.

No son sólo mías estas preocupaciones. Jacques Derrida, un intelectual que aportó muchísimo a la reflexión sobre nuestros espacios académicos, se refiere en su libro *Universidad sin condiciones* a la necesidad de sostener las casas de altos estudios en un humanismo que rescate lo profundo de la condición humana: el respeto de sus derechos y la construcción de lo publico, a través de un trabajo académico sin ninguna condición. Dice el autor: "…una libertad *incondicional* de cuestionamiento y de proposición, e incluso, más aún sin cabe, el derecho de decir públicamente todo lo que exigen una investigación, un saber y un pensamiento de la *verdad*"[2].

Es desde esa incondicionalidad sustentada en la viejas y siempre presentes banderas del humanismo, que podemos encontrar un sentido a la presencia y la acción de la universidad en tiempos de disolución social.

Señor Rector, traspuse por primera vez las puertas de su casa, mi casa ahora, nuestra casa, en 1991, oportunidad en que conocí a mi querido amigo Joaquín Moreno, quien me ha acompañado de modo constante en los trabajos que aquí he realizado. Regresé en 1995, para un encuentro de la UNESCO, y en el 2000 recibí de usted el encargo de colaborar en el diseño y la puesta en marcha de la Especialización en Docencia Universitaria. En nuestros diálogos quedó clara la preocupación y la voluntad política, de política universitaria, por abrir espacios de reflexión y de profundización en las prácticas educativas a los docentes de la institución.

Esa preocupación por los seres humanos de la Universidad era y es profundamente humanística. Y, además, coherente con otras acciones. Me refiero a la decisión, también de política universitaria, de abrir una línea de docencia en el ámbito de la educación especial. No son muchas las casas de estudios en el contexto de América Latina que han tomado una decisión similar. Me refiero también a la ya larga experiencia de trabajo con los pequeños municipios del Ecuador, a través del IERSE, sobre la base de la conciencia de que la democracia se entreteje a partir de los gobiernos de cercanía. Me refiero a la más reciente iniciativa de su gestión: la puesta en marcha de la Facultad de Medicina, con una abierta vocación de servicio a la comunidad, tanto a través de programas de extensión ya en desarrollo, como de la conformación de su currículum.

En fin, me refiero al grupo humano que integra nuestra morada, con quienes he tenido el privilegio de pensar juntos, de interactuar en las aulas y, sobre todo, de vivir un fecundo interaprendizaje.

El artículo 3 del Estatuto de la Universidad del Azuay propone, entre otros, los siguientes principios:

> Excelencia académica, trabajo por una sociedad más justa guiada por los principios cristianos, pluralismo ideológico y ejercicio de la razón para su desenvolvimiento institucional.

No es casual que figure en primer lugar la excelencia académica; es ella la condición de posibilidad de todo lo demás. Excelencia significa formación, sentido de pertenencia, dignidad de todos quienes integramos la institución. Significa poner el acento, como política universitaria, en los seres humanos. El sentido de la institución está en ellos y en la comunidad de la ciudad y el país, a la cual pueden servir cuando con más calidad humana se construyen.

Quiero agradecer a usted y a todo el personal este honor de hacerme sentir parte de la Universidad. Quiero agradecerle su vocación humanística, su trabajo constante por consolidar y ampliar la morada.

Quiero agradecer el privilegio de formar parte de una casa de estudios que invita en su himno a trabajar desde

Las manos solidarias
y un corazón de paz.

Gracias queridos amigos, queridos compañeros de esta querida morada universitaria.

Daniel Prieto Castillo
Cuenca, 26 de enero de 2005

---

[1] Palabras de Daniel Prieto Castillo con motivo de la distinción de Profesor Asociado de la Universidad del Azuay.

[2] Derrida, Jacques,*Universidad sin condición*, México, Trotta, 2002, p. 10.